10236

EL TEATRO
ADMINISTRACIÓN CÓMICO-LÍRICO-DRAMÁTICA

SINO Y SUPERSTICIÓN

LEYENDA TRÁGICA

EN UN ACTO Y EN PROSA ORIGINAL DE

LUIS ALMAYOR BEINAT

FLORENCIO FISCOWICH
23 —
Calle del Pez, núm. 40.—Oficinas: Pozas, 2.
MADRID
1896

SINO Y SUPERSTICIÓN

LEYENDA TRÁGICA

EN UN ACTO Y EN PROSA ORIGINAL DE

LUIS ALMAYOR BEINAT

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades la noche del 8 de Abril de 1895

MADRID
Establecimiento tipográfico de F. Nozal.—Jesús, 3

1896

REPARTO

Personajes	Actores
Basilisa.....	Sra. Fernández (Josefa.)
Marta.....	Srta. Fernández (Teresa.)
Rodolfo.....	Sr. Bellver (Emilio.)
Gaspar.....	» García (Paulino.)
Daniel.....	» Martínez.

La acción se supone en Valencia de Alcántara por el reinado de Don Alfonso II

A mi buen amigo León Navarro compañero de la jornada teatral

J. Mayor

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El Sr. Fiscovich es el encargado del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que es ley.

ACTO UNICO

Gabinete lujosamente amueblado, estilo árabe; puerta al foro y laterales; ventana de antepecho al foro derecha. A la izquierda, al frente, un mueble y un cuadro que representa un guerrero. Al mismo lado, segundo término, un reclinatorio.—Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

ESCENA PRIMERA

BASILISA, RODOLFO Y DANIEL.

BAS. Nunca es una dueña de su voluntad; hay que serlo también de todos esos cortesanos que nos cercan. Cierto que el puesto que mi esposo ocupa de noble caballero, es indispensable estar rodeados de ellos: pero á decir verdad, no encuentro más que fastidio, pues ya refiriendo hazañas, ya tratando de excursiones campestres, quitan dos ó tres horas de las que me dedica mi esposo. ¡Daniel!... ¡Daniel!... Tal vez ya esté solo. *(Aparece Daniel, foro.)*

DAN. ¿Llamó la señora?..

BAS. Vé si se ha marchado don Miguel, y si es así, dí á mi esposo que le espero. *(Vase Daniel hacia la puerta de la derecha y queda parado.)*

DAN. Ya está aquí. *(Aparece Rodolfo por la derecha y estrecha á Basilisa.)*

ROD. Perdona, vida mía, si te he robado unos momentos.

BAS. Asegúrame de que nos quedaremos solos y perdonado quedas.

ROD. No estoy para nadie. *(A Daniel que se va por el foro.)*

BAS. ¿Puede saberse á qué obedece la visita de ese caballero que acaba de marcharse?

ROD. A lo de siempre. Azares y artes de guerra, alguna que otra intencionada palabra de tal ó cual caballero, y por último, de si me porté como un héroe contra el valiente musulmán Zaid, que mejor quisiera no oirlo, pues siempre fué mi creencia que á aquel que alcanzó una hazaña nunca se le debe decir, pues de la lisonja pasa á la adulación y pierde todo su mérito.

606902

BAS. Cierto lo que dices; mas yo añado que eres la envidia de todos esos caballeros.

ROD. *(Estrechándola)* ¡Oh, Basilisa! El que tu me admires es mi mayor dicha, ese es mi único anhelo.

BAS. Quiero me cuentes lo que antes ibas á decirme.

ROD. *(Ap.)* Por más que lo deseo no sé cómo empezar.

BAS. ¿No recuerdas? Esa leyenda, que según me dijiste es histórica.

ROD. Sí, lo recuerdo. Tu curiosidad voy á satisfacer. Mas... sentémonos. *(Se sientan).*

BAS. Te escucho.

ESCENA II

LOS MISMOS

ROD. Es en extremo peregrina la historia que voy á contarte, pues tiene ciertos puntos que parecen inverosímiles. «En la aldea de San Pedro de la Nave, Zamora, y en cierta casa, que su fachada ostentaba escudo de nobleza, perdida por los años, aunque bien ganada por sus antepasados, eran sus moradores dos pobres viejos, matrimonio, y un hijo único, alegría y calor de tal morada.» Este es mi primer punto, pues solo del hijo he de ocuparme, por ser á quien la leyenda ó historia más interesa. «Dicho mancebo tenía veintidos años en la fecha á que me refiero. Era dócil, obediente, reflexivo, lo mismo manejaba la espada que montaba á caballo, pero en lo que más se distinguía era en el profundo amor y gran respeto que profesaba á aquellos que le dieron el sér. A tres leguas de dicha aldea, elévase el monte del Aguila, donde la Naturaleza hace sea asombro del ser humano, al contemplar su vejetación, rocas y precipicios, pisado tan sólo por algún que otro leñador y habitada su cima por un anciano, que no sé si darle el nombre de loco, penitente ó de un profeta. Don Julián, que así se llamaba el mancebo, en una de sus escursiones de montería, quiso ver á dicho anciano, pues según opinión, era maestro en curar dolencias y acertar los sinos.»

BAS. Es curiosa la leyenda. Mi ansiedad aumenta por saber el fin.

ROD. Lo que te he contado no es más que la primera parte de mi interesante relación.

BAS. Continúa.

ROD. Verificóse la entrevista con tan respetable anciano, sin darse cuenta de ella los que le acompañaban, y una vez repuesto del asombro que le causara, de que un ser humano viviera entre aquellas concavidades, lo mismo que

un reptil ó que una fiera, díjole el objeto de su visita, que no era otro sino el de hacerse pronosticar su sino. Si grande fué su admiración por tal vivienda, mayor lo fué una vez dicho su objeto. Encaróse el anciano en él y después de articular palabras incomprensibles y hacer gestos de asombro, díjole por toda respuesta: ¡Vete!... ¡vete!... ¡No quieras saberlo! ¡Fatal desgracia!... Y sin que mediaran más palabras ni más tiempo hizo por alejarse. Don Julián le corta el paso, cógele por un brazo, le sacude y en tono amenazador le dice: ¡Es preciso lo digas! —¡No... no!... responde el viejo. —Despertásteis mi curiosidad, y si no hacéis lo que os mando, no respondo de mí! ¡Pronto!—¡Si insistes te va á pesar el saberlo!—Si me pesa ó no, no es cuenta vuestra, decidme la verdad, os doy mi licencia para ello. Y con voz imperiosa, voz de trueno, díjole: ¡Desgraciado! ¡Vas á ser parricida! ¡A tus manos han de morir tus padres por el hierro!

BAS. ¡Horrible revelación! ¿Y qué hizo el mancebo al oirlo.

ROD. En poco estuvo de que le estrellara contra aquellas paredes de roca.

BAS. Continúa.

ROD. Caviloso y abatido abandonó don Julián la tal guarida, y lo mismo que un loco en su exceso de furor, con paso vacilante y palabras en extremo mal medidas, tan sólo una era la que pronunciaba claramente. ¿Sabes cual?... ¡La de parricida! En su marcha sin norte, detúvose por no encontrar suelo para su planta; ante él habia un abismo. Se inclina cual si le midiera, tiende su vista por su alrededor, y una vez convencido de que de nadie es visto, dice: ¡Mucho quiero á mis padres, pero ante la duda de la superstición ó mi destino, huiré de ellos! Y dicho esto, arrojó varias prendas de su vestido en lo profundo del abismo.

BAS. ¿Y huyó en efecto?

ROD. No se supo más de él. Dime, ¿no es digno de perdón el tal mancebo si es que le implora?

BAS. El hijo pródigo siempre le obtiene de sus padres, pero la acción cometida por el que me acabas de contar es una infamia, pues que muy bien pudo ser su parricida por hacerles creer que se había despeñado en un precipicio.

ROD. ¿De modo, que tu no le perdonarías?

BAS. Esposo mío, el perdón es el mejor don de la humanidad, pero aquel que comete un hecho infame, aunque le obtenga, la mancha es imperecedera.

ROD. *(Ap.)* Tiene razón.

BAS. Prosigue. Me interesa mucho tu relación ¿y á tí?

ROD. Hasta cierto punto me es indiferente. Es que al contarla recuerdo los tiempos felices de mi infancia. Me la enseñó cierto religioso que estaba encargado de mi educación. Yo, que no he conocido á los que me dieron el ser; yo, que no he sentido las caricias de la maternidad, no me creo obligado á que me impresione tan facilmente.

BAS. ¿Y qué fin tuvo el mancebo?

ROD. Poco puedo añadir; tan solo, que fué un aventurero y que debido á su buena estrella logró hacerse puesto entre los más valerosos hombres de armas, y que nunca más supieron sus padres de él. *(Aparece Daniel por el foro.)*

DAN. ¡Señora!

BAS. ¿Qué es lo que quieres?

DAN. Dos mendigos y la viuda que viene todas las semanas me encargan os diga que la esperan.

BAS. Que pasen á la antecámara y que aguarden. *(Vase Daniel.)* Te doy las gracias, amado esposo, por haber satisfecho mi curiosidad, y ten presente, que tanto interés me ha causado dicha historia, que jamás olvidaré ni el más insignificante detalle. Si me concedes permiso, voy á ver á esos mis buenos amigos, los pobres, que esperan con anhelo mi socorro. *(Se levantan.)*

ROD. Ve en buen hora, virtuosa esposa. *(Vase Basilisa por el foro acompañada de Rodolfo.)*

ESCENA III

LOS MISMOS

ROD. Es muy justo me recrimine. Aún en mis oídos retumban sus palabras; son como dictadas por la justicia de Dios. «¡Aquel que comete un hecho infame, aunque obtenga el perdón, la mancha es imperecedera!» Eso me dijo y es gran verdad. De modo que al saber que yo soy el don Julián de la leyenda, verá que estoy manchado por una falta tan grave, que tal vez les haya costado la existencia á mis pobres padres. ¡Sí! ¡No debí dar crédito á tal superstición!... ¡He sido un débil!... Solo una cosa es la que me resta, buscarlos. Mañana mismo mandaré un mensaje á la aldea, y si es que no han muerto, hacerles ver que todo lo que hice fué aparente engaño y á sus piés y con lágrimas en los ojos y la vergüenza en el semblante, decirles: ¡Padres míos, he sido un mal hijo, pero también un desgraciado! Una falta que jamás me perdonaré ha sido la causa, mas os juro que no por odio, sino por amaros con fuerzas mayores á mi voluntad, por eso os abandoné, mas no me neguéis el perdón que aquí

á vuestros piés implora vuestro hijo arrepentido! *(Aparece Daniel por el foro.)*

DAN. ¡Señor!... Un caballero me ha entregado este pliego para vos. *(Entregándole un pliego.)*

ROD. ¿Aguarda respuesta?

DAN. Así que me lo entregó partió á galope. (*A una indicación de Rodolfo se va por el foro.)*

ROD. (*Leyendo el pliego.*) «Al caballero Rodolfo Enriquez. »Preséntese tan pronto como lea este pliego en el casti»llo del Conde de Ferry.—Urgente instrucciones. El Du»que Guillermo.» ¡Es particular este llamamiento! ¿Se habrá alterado el orden en la comarca y yo lo ignoro? No sé como dar á mi esposa la noticia. Legua y media hay de aquí al castillo, pero aunque tan cerca, tiene que enterarse. (*Aparece Basilisa por el foro.)*

BAS. ¿Qué haces esposo?

ROD. Leyendo este pliego. El Duque Guillermo me manda me presente inmediatamente en el castillo del Conde de Ferry. Léelo. (*Entregándola el pliego; ésta le lee.)*

BAS. ¿Qué es lo que juzgas de esto?

ROD. Tranquilízate, nada temas. Bien terminante está que sólo es para darme instrucciones.

BAS. Este pliego me llena de inquietud; no puedes figurarte mi temor cuando no estás á mi lado. (*Dando el pliego á Rodolfo; éste lo guarda.)*

ROD. No puedo excusarme. A todo se antepone mi deber de caballero. ¡Daniel!... ¡Daniel!...

BAS. (*Ap.*) No tengo más remedio que conformarme.

DAN. (*Apareciendo por el foro.*) ¡Señor!...

ROD. Que preparen un caballo y avisarme cuando esté listo. (*Vase Daniel por el foro.*) Perdona Basilisa si te dejo sola, voy á prepararme. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS

BAS. Cuando más confiada estaba en que era el día exclusivamente dedicado para mí, ese mensaje me roba mi deseo, á la vez que lo torna en angustioso. Soy exigente, sí, lo comprendo, pues que no debía de pensar de este modo, pero es tanto el cariño que le profeso que la menor contrariedad me asusta. Solo me considero felíz cuando con frases alagüeñas me manifiesta el amor que por mí siente. (*Abre la ventana.*) Está lloviendo. Las sombras de la noche no tardarán. Sin duda el Duque no ha tenido en cuenta lo mal que se presenta el tiempo. (*Cierra la ventana.*) ¡Daniel!... ¡Daniel!... Demos hos-

pitalidad al desvalido para que mi esposo por donde vaya también la obtenga. (*Aparece Daniel por el foro.*) Todo aquel que pase por el camino recogerle. (*Vase Daniel.*) ¡Oh, Rodolfo! Cuánto te amo! Tan exaltado es mi cariño, que de todo aquello que estás rodeado siento celos. (*Aparece Rodolfo por la derecha con capa y casco y estrecha á Basilisa.*)

ROD. Pronto vuelvo.

BAS. Si ves que la noche está inclemente no lo hagas.

ROD. Si así sucediera haré noche en el castillo. Adios, Basilisa.

BAS. Espera. (*Va al mueble y coje una flor.*) Recibe este obsequio para que por su mediación me tengas en la memoria. Toma este pensamiento, que es el mío, y sea testimonio de que, aunque ausente de tí, está contigo.

ROD. Lo acepto, esposa.

DAN. (*Apareciendo por el foro.*) Señor... todo está preparado.

BAS. Ves donde el deber te llama.

ROD. Adios, Basilisa.

BAS. Adios, Rodolfo. (*Vase Rodolfo por el foro seguido de Daniel.*) ¿Qué misión será la que le confíe el Duque? No sé por qué esta salida me inquieta. Siempre sobresaltada, siempre entregada al recogimiento; qué deberes tan grandes lleva en sí aquel que en su pecho cruza banda de caballero. (*Se asoma á la ventana.*) La lluvia va en aumento. Este aire es más que de brisa de huracán. Allí va. Aunque con dificultad, diviso el bulto blanco de su caballo. Ya baja la pendiente. Ya ha desaparecido. Adios. (*Cierra la ventana al tiempo que Daniel aparece por el foro con un candelabro encendido que deja encima del mueble.*)

DAN. Señora: dos ancianos, á los cuales se ha recogido, desean daros las gracias personalmente por vuestra hospitalidad.

BAS. Que pasen. (*Vase Daniel.*) Nunca pudo ser más á tiempo el anuncio.

ESCENA V

BASILISA, MARTA, GASPAR Y DANIEL

Este aparece por el foro, dando paso á Marta y Gaspar que no pasarán de la puerta hasta que se lo mandan.

BAS. Pasad. (*Avanzan Marta y Gaspar, éste da la capa á Daniel éste la deja en un taburete y vase, foro.*)

GASP. Perdonad, señora, nuestro atrevimiento.

BAS. Sois muy dueños, nobles ancianos.

GASP. Creemos un deber dar las gracias á aquel que nos presta hospitalidad, y aquí nos tenéis, señora, rindiéndoos el

más humilde homenaje.

BAS. Yo le acepto como el mejor de los presentes. Mas sentáos.

GASP. Tanto honor...

MARTA. ¡Oh, señora! Sois un angel.

BAS. Os lo ruego. Sentáos. (*Se sientan*). Decidme, ancianos: ¿Cómo la lluvia y las sombras de la noche os han sorprendido en un camino?

GASP. Nos dijeron en Alburquerque, del cual venimos, que sólo había tres horas de camino á esta ciudad, pero bien porque nuestros torpes pies no sean todo lo fuertes y ligeros que deseáramos, bien á esa nube que ha quitado media hora al día, eso ha sido la causa.

BAS. ¿Y es largo vuestro viaje?

GASP. Bastante. Quizá nos sorprenda la muerte y no hayamos encontrado el fin.

BAS. (*Ap.*) ¿La muerte? Fatal presentimiento. ¿Según eso, camináis errantes en cumplimiento de algún voto ó juramento?

GASP. Vos lo dijísteis, juramento es, y á Dios rogamos no nos prive de la vida que, aunque angustiosa, tiene que cumplir una sagrada misión. (*Marta llora*).

BAS. ¡Oh, señora! No afligiros. Si á Dios os habéis encomendado, él será pródigo para con vosotros. (*Levántanse.*)

MARTA. Perdonad, señora, si nuestra presencia os ha entristecido.

GASP. Segunda vez os damos las gracias, esperando nos concedáis permiso para retirarnos.

BAS. Si así son sus deseos no me opongo, mas si no tienen inconveniente en contarme la causa de su quebranto, contad que participaré de vuestro dolor á la vez que os prodigaré mis consuelos. Sentáos.

GASP. Gracias, señora.

MARTA. Cuán buena sois. (*Se sientan*).

GASP. Ya que tomáis parte en nuestra desdicha, oid el motivo que, aunque terrible para nosotros, para aquel que la escucha tiene algo de romance. Hace siete meses que salimos de la aldea de San Pedro de la Nave, dispuestos á cumplir una promesa que mi esposa y yo nos hemos impuesto. La causa de ello es buscar á un hijo querido, heredero de nuestra sangre y nuestros bienes, pues aunque nos véis en este mísero disfraz, somos ricos, inmensamente ricos. Ese hijo que nos dió el cielo, que hacía las delicias de nuestro hogar, que era nuestro encanto, el que colmaba nuestras ilusiones, modelo de obediencia, pues que nunca tuvimos que contrariarle por lo acerta-

das y prudentes que eran sus inclinaciones... pues bien, ese hijo está perdido entre el confuso tropel que agita al mundo, y no sabemos si por correr á la ventura ó cegado por pasión perversa, el que tan bueno era en sus principios, huyó de nosotros.

MARTA. Nos abandonó.

GASP. Perdonad, señora, si la emoción me domina.

BAS. Cálmaos. (*Pausa breve*).

GASP. Para realizar su intento nos hizo ver que se había despeñado en un precipicio, pero no fué así. A costa de la vida de otros se examinó su fondo y sólo se encontraron varias prendas de su vestido en perfecto estado, pero de su cadáver ni el menor indicio.

BAS. ¿Y no habéis vuelto á saber de él?

GASP. Nada; pero no importa. Con el cuerpo inclinado hacia la tierra y la esperanza en Dios, en ese mundo, en ese confuso tropel que le da vida, hemos jurado consumir nuestra existencia hasta encontrarle.

MARTA. Tan sólo un recuerdo nos queda de él. Este libro. (*Marta da un libro á Basilisa que ésta examinará.*) En él le enseñé las primeras oraciones. (*Basilisa devuelve el libro á Marta.*)

BAS. (*Ap.*) Ahora que recuerdo. ¿De qué aldea dijísteis que partísteis?

GASP. De San Pedro de la Nave.

BAS. ¿Y vuestro hijo se llama?...

GASP. Julián.

BAS. (*Ap.*) Coincidencia rara.

GASP. ¿Parece que os sorprende?

BAS. No... nada... (*Ap.*) Estos son los padres de aquel mancebo que me contó mi esposo. Yo sé lo anterior á lo que me habéis contado.

GASP. ¿Que vos sabéis lo anterior?...

MARTA. ¡Oh, señora! No callad. Muévaos á compasión este amor de madre. ¿Qué es ello?

BAS. Vuestro hijo os abandonó arrastrado por una superstición, no por no amaros ni por pasión perversa.

MARTA. ¡Hijo de mi alma!

GASP. ¿Sabéis la causa?

BAS. La sé. Cerca de vuestra aldea, en el monte del Aguila, hay un anciano que, según opinión de crédulos, acierta acierta los sinos; vuestro hijo le consultó para que le pronosticara el suyo. ¿Y sabéis que le dijo?...

GASP. No callad.

MARTA. Decidlo.

BAS. ¡Que tenía que ser vuestro asesino!

MARTA. ¡Horror!

GASP. ¡Maldito viejo!

BAS. Entonces, vuestro hijo lo mismo que un loco y dejándose llevar por la superstición, no tiene más alcance que el de huir de aquellos que le eran tan queridos. Lo que pasó después, vos me lo habéis contado. (*Se levantan, y Marta deja caer el libro*).

MARTA. ¡Hijo mío!

GASP. ¿Y cómo sabéis eso?

BAS. Es una leyenda que me ha contado mi esposo, y que según veo, es histórica.

GASP. ¿Vuestro esposo cómo se llama?

BAS. Rodolfo.

GASP. ¿Y su edad?...

BAS. Veinticinco años.

MARTA. ¡La misma que él!

GASP. Pero se llama Rodolfo.

BAS. Si quieren conocerle, pueden hacerlo; su parecido en ese lienzo, es perfecto. (*Marta y Gaspar miran el cuadro*)

GASP. ¡Oh! ¡Qué veo! ¡Él es! ¡Marta! ¿A quién ves tú?...

MARTA. ¡A mi hijo!

GASP. ¡Al fin le encontramos! ¡Tuyas son nuestras vidas, Dios del cielo! (*Quedan Gaspar y Marta abrazados*).

BAS. (*Ap.*) No es posible... no puede ser... él me dijo que no los conoció... Decidme, ancianos: ¿Es cierto lo que decís? ¿Cierto lo que oigo?...

GASP. Creedlo. Somos los padres de vuestro esposo, nuestras canas dan fe de lo que os digo.

BAS. Entonces, ya que la Providencia le da otra vez padres, recibime á mí como á una hija.

GASP. Abiertos nuestros brazos están; venid á ellos. (*Basilisa váse á ellos y se abrazan*).

MARTA. ¿Dónde está? Quiero abrazarle.

BAS. No se halla aquí.

GASP. Vayamos en su busca.

BAS. Es inútil. Acaba de marcharse por haber sido llamado por el gran Duque Guillermo, y hasta mañana es probable que no vuelva. (*Gaspar contempla el cuadro*).

GASP. Nosotros, que lloramos tu muerte; nosotros, que cien veces nos pesó la vida por tu ausencia, otra vez la deseamos. ¡Gracias, Dios de bondad!

MARTA. ¡Siempre seáis alabado, Dios de justicia!

BAS. Yo os suplico devolváis la quietud á vuestros exaltados espíritus, pensad que la emoción puede seros perjudicial

GASP. No temed.

MARTA. Somos felices.

BAS. Vuestra es esta casa; ese vuestro aposento; dad descanso á vuestros cuerpos, y de ese modo recobraréis fuerzas para estrecharle. Vamos.

GASP. Dice bien, esposa.

BAS. Quizá el que despierte vuestro sueño sea él.

GASP. Mucho lo dudo. ¡Bendiciendo á Dios nos hallará!

MARTA. Bendiciéndole y llorando. (*Vánse Marta y Gaspar por la izquierda, acompañados de Basilisa*).

ESCENA VI

BASILISA

¿Por qué mi esposo me ha engañado? ¿Qué idea la suya? ¿Por qué no me dijo que él era el don Julián de la leyenda? Lo sé y me lo pregunto. Hace poco me contaba su pasado, pero le ha dado vergüenza decirme que él era el joven supersticioso. Sí. Temió descubrirse y guardó el misterio. Me preguntó si era digno de perdón, y yo, ignorante, díjele que era un mal hijo, un infame, que aunque perdonado, quedaba con mancha. Mi perdón le tienes, y si tal hice fué por ignorar que fueses tú el hijo que abandonó á sus padres; mas si mi sentencia te fué grave, cábeme la honra de que yo, cual dictada ó inspirada por el cielo, los recogí. (*Se oye tronar*). La tempestad se acerca. (*Abre la ventana*) ¡Jesús! El campo se ha iluminado por completo. (*Cierra la ventana*). ¿Habrá ya llegado mi esposo al castillo? ¿Será llamado para apaciguar alguna sublevación, y estará sufriendo la inclemencia? Va en aumento. De cada vez es más imponente. Tengo miedo. (*Apaga las luces del candelabro y enciende las velas del reclinatorio*). Elevemos á Dios mi súplica. (*Se arrodilla en el reclinatorio*). ¡Dios mío, á tu clemencia estamos! Recibid esta mi oración, y que sea mediadora para calmar tu ira. (*Queda en actitud de orar. Se oye el toque de una campana*). Ese toque llama los fieles á orar. (*Se levanta*). Allí es más á propósito la súplica. (*Saca un manto del mueble y se le pone, repara en el libro que recogerá del suelo*). Se han dejado olvidado el libro. No merece la pena que les moleste. (*Le deja encima del mueble*). Oremos por los que como mi esposo están en un despoblado. (*Váse por el foro. Pausa breve*).

ESCENA VII

RODOLFO Y DANIEL

ROD. Por Dios, que vengo calado hasta los huesos. (*Daniel le quita la capa*). El diablo del Duque no ha podido ser más inoportuno.

DAN. ¿Quiere el señor que le traiga otro vestido?

ROD. No te necesito, vete. (*Váse Daniel por el foro*). Con tanta premura estaba concebido el pliego, que más bien que otra cosa, me temí una sublevación. Que se adopten precauciones; que se activen los trabajos de fortificación; que cuál es el espíritu de esta comarca. He aquí todo. (*Se quita la banda*). He perdido el pensamiento que tan amante prendiera mi esposa. Mas ¿cómo no está aquí á recibirme? (*Se oye tronar*). ¡Terrible noche! ¿Dónde podrá estar? Ni el menor indicio. (*Repara en el reclinatorio*). Mas sí. Ahí hay uno. No en vano abrigué la creencia de que elevarías por mí tu súplica. Atemorizada será en su cuarto. Qué sorpresa la voy á dar con mi presencia. (*Váse á la puerta de la izquierda*). Escuchemos. ¡Ah! ¿Qué es lo que oigo? ¿Qué nube es ésta que se agolpa á mi cabeza? ¡Que son felices!... No puede ser. (*Váse nuevamente á la puerta y escucha*). «¡No temas la inclemencia de la noche!... ¡Al fin se cumplió nuestro deseo! (*Retrocede*). ¡No es ilusión! ¡No! ¡Lo he oído bien claro! ¡Mi esposa me engaña! Castigue el furor que me domina tu perfidia. ¡Sois mis víctimas! (*Váse con sobresalto á la puerta de la izquierda y queda parado*). ¡Oh! ¡No! No es razón de que si ella es una miserable, yo sea un asesino. ¡No! Que murieran á mis manos sería honrarles. ¡Os desprecio! Pero no es posible esta calma. Lo que siento interiormente no está de acuerdo con mis palabras. Si no les castigo, seré su mofa, su irrisión. ¡Sí! Tal vez mi deshonra sea ya pública y mi nombre corra de boca en boca envuelto con la carcajada del desprecio. No tengo más que dos extremos: ó matar ó huir. Sea lo último. El crimen me horroriza, me repugna. Huiré de ella. ¿No abandoné á mis padres siendo tan santos? Que me aleje de ella nada más justo. (*Repara en la capa que cogerá del taburete*). ¿Qué es ésto? ¡Una capa de hombre!... ¡Qué hacer, Dios mío! Esto me recuerda lo que antes oí... Esta prenda me habla, me dice que soy débil, me grita: ¡mata! ¡mata!... Pero, no... sí.. sí... sea. Un doble crimen voy á cometer, pero bien sabéis, gran Dios, que es en contra de mi voluntad! Mi honor y vuestra infamia os sentencian. (*Váse hacia la izquierda, puñal en mano, y al llegar á la puerta escucha y entra con sigilo: se oyen dos gritos de Marta y Gaspar. Después sale aterrorizado*). ¡Miserable adúltera, me engañabas! Tú y él pagásteis vuestra vileza. Mi ira salva mi honor. ¡Os he matado! ¡Mi pasión era tu escarnio! ¡No me pesa, no! Si cien vidas tuvieras, cien te qui-

tara. ¡Maldita seas! (*Tira el puñal*). Mas ¿qué es lo que hago? Debo buscar nueva tierra donde llorar mi infortunio á la vez que sea depositaria de mi crimen. Adiós para siempre esta casa. Adiós, Basilisa, pues, por más que mis labios te han maldito, pídele á Dios su gracia, que yo te perdono. (*Váse hacia el foro y retrocede al ver á Basilisa*),

ESCENA VIII

BASILISA Y RODOLFO

BAS. (*Saliendo por el foro.*) ¡Rodolfo!...

ROD. ¡Cielos! No te acerques á mí... ¡No... no!... ¡Vete... vete!... ¿Vienes á pedirme cuenta? Bien sé, que solo Dios dispone de las vidas, pero... ¡Vete, vete!...

BAS. ¡Rodolfo amado! ¿Qué veo en tí? ¿Qué te sucede?

ROD. ¡No me toques, no! ¡Fantasma miserable!

BAS. ¡Dios mío, loco!

ROD. No estoy loco. Solo siento en mi ser rabia y venganza.

BAS. (*Se arrodilla ante Rodolfo*) ¡Rodolfo mío¡ Vuelve en tí. Prepárate á recibir felíz noticia.

ROD. (*Levantándola*) ¡Levanta! No profanes esa actitud. ¿Aún vienes á mofarte? ¡No, no! ¡Déjame solo!

BAS. Soy tu Basilisa, soy tu esposa.

ROD. Si ya lo veo. (*Abrazándola*) ¿Es esta la casta frente que tantas veces besé? ¿Estos los labios en los cuales bebí el néctar embriagador?

BAS. Sí, Rodolfo.

ROD. Pues si es así, responde: ¿Quién hay en ese cuarto?

BAS. (*Ap.*) ¿Cómo decírselo? Va á perder por completo la razón,

ROD. ¿Callas?... ¡Ahí está tu delito, infame adúltera! (*La suelta con desprecio.*)

BAS. ¡Adúltera!... (*Repara en el puñal.*) ¡Un puñal!... ¡Horror! ¡Está teñido en sangre! ¡Rodolfo! También en su vestido la hay. ¿Esposo, qué enigma es este?

ROD. (*Ap.*) He padecido un error. Escúchame. Creí en tu adulterio y arrastrado por la ira y por los celos...

BAS. Sigue.

ROD. A oscuras y con mi desesperación, entré en nuestro cuarto, toqué dos cabezas en nuestro lecho...

BAS. ¿Y después?...

ROD. Dos gritos de dolor. Los he matado.

BAS. ¡Ah! ¿Desgraciado, qué has hecho? ¡Has asesinado á tus padres! (*Cae llorando en un taburete.*)

ROD. ¿Qué he asesinado á mis padres?... ¡No! no puede ser. ¿Es eso cierto? Responde á lo que te pregunto.

BAS. Coje ese libro que está encima de ese mueble si no pasas á creerlo.

(*Rodolfo coje el libro y lo examina.*)

ROD. Le reconozco. Este es aquel en que yo les leía sus parábolas. ¡Al fin se cumplió la profecía! ¿Cómo han llegado á esta casa?

BAS. Los recogí como á cualquier otro caminante, descubriéndose todo por haberte reconocido en ese cuadro.

ROD. ¿Han vivido en la creencia de que no había muerto? ¿De que les abandoné? No tengo perdón, soy un maldito. (*Abre la ventana*) ¡Omnipotente! ¡Ya que tan poco debo á tu gracia, atiéndeme para mi castigo. ¡Venga sobre mí tu ira; mándame un rayo para que me confunda con el polvo! Castigo te pide un miserable parricida. (*Retrocede por el efecto de un relámpago. Basilisa vase á él.*)

BAS. ¡Misericordia, señor! ¡Compasión, Rodolfo!

ROD. No me espanta ese firmamento airado. ¡No! Si retrocedí no fué por miedo, es que en esa luz fosforescente he visto á mis padres que desde el cielo me llaman asesino.

BAS. ¿Qué va á suceder? ¡Dios mío! (*Basilisa va al reclinatorio y queda en actitud de orar.*)

ROD. Un maldito no debe pisar la tierra. (*Coje el puñal.*) Ya que mis padres me maldicen, cólmelos yo de alabanzas desde lo profundo del infierno. (*Dáse con el puñal y cae desplomado. Basilisa va hacia él y le coge.*)

BAS. ¡Rodolfo! ¡Esposo amado! ¿qué has hecho?

ROD. Castigo pedí... y se me negó... yo mismo... me le he dado... Escucha... acércate...

BAS. Habla.

ROD. Aún más.,. quiero contemplar tu rostro... por última vez...

BAS. No calles.

ROD. ¿Me tendrás... en la memoria?...

BAS. Te juro mi castidad.

ROD. Una cosa... tengo que pedirte...

BAS. ¿Qué es ello?

ROD. La vida... se me va... por esta herida... ¡No, no puedo...

BAS. ¡Vas á dejarme!

ROD. Sí... sí...

BAS. ¡No, Rodolfo mio, no quiero que mueras!

ROD. Te creí... adúltera... maldije tu nombre... Dime esposa... ¿me perdonas?...

BAS. Te perdono. (*Rodolfo cae desplomado en los brazos de Basilisa.*)

FIN DEL DRAMA

A LA SEÑORA

DOÑA JUANA LABANDERO

Como recuerdo cariñoso, y en testimonio de respeto y consideración, creo un deber el colocar su nombre al frente de estas humildes páginas, las cuales tiene el honor de dedicarle

Luis Almayor Beinat

Madrid Octubre 1896